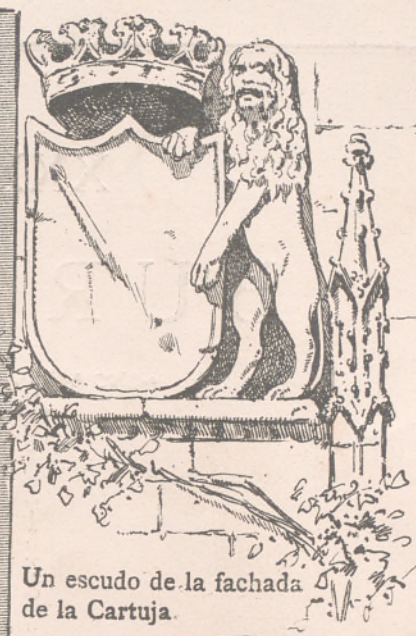




Un fraile de la Cartuja de Miraflores.



Un escudo de la fachada de la Cartuja.



En el mercado de la Plaza Mayor.

Yo soy de Gamonal pa lo que ustedes gusten mandal.



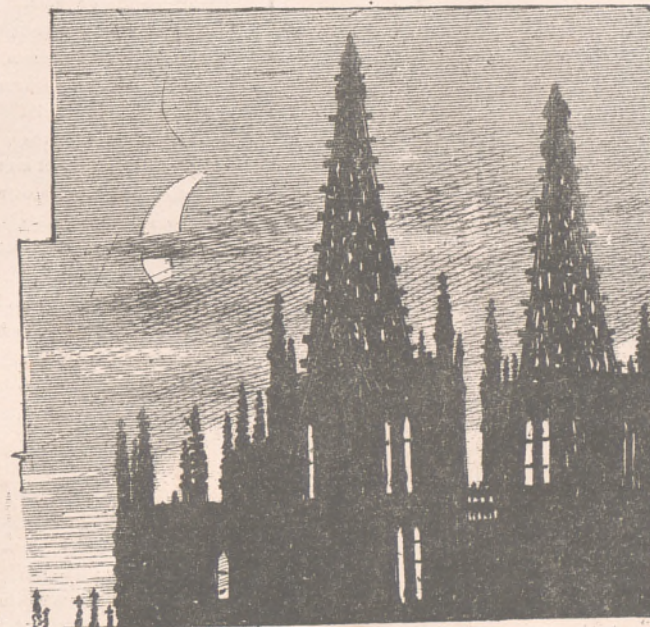
El señor Papamoscas.



Procedente de la ilesia.



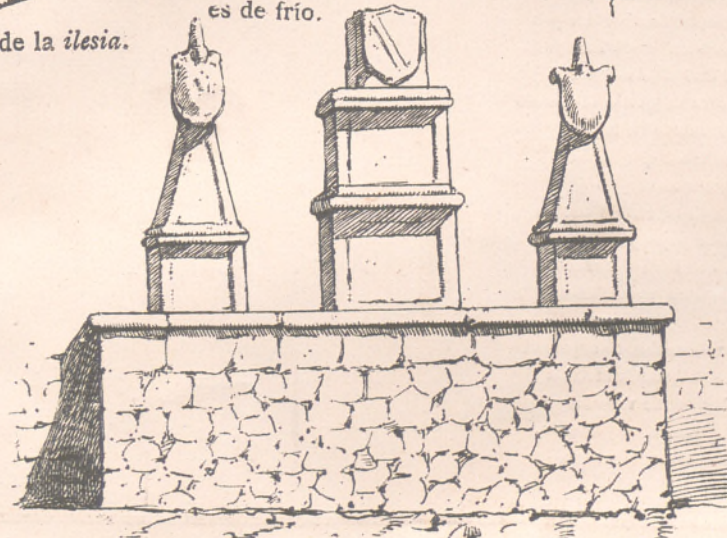
La primera impresión que se siente es de frío.



La catedral.



Una monja del Real Monasterio de las Huelgas.



El solar del Cid.



La plaga del país.



En VILLIMAR.—Este bailecito acaba pidiendo dos reales á cada forastero.

# XXXI

## BURGOS

A mío Cid don Rodrigo  
de Vivar, sétimo cielo,  
(donde le habrán afinado  
sus muchos merecimientos):  
Señor, si esta carta llega  
á vuestras manos de fierro  
y leárades las cosas  
que van puestas en el pliego,  
perdonad, buen Cid, á un home  
que, criado en otros tiempos,  
sin casco junto á la nuca  
ni armadura por el cuerpo,  
á la cara osa fablaros  
cual si non fuérades muerto.

¡Por Dios que si fuérais vivo  
dejara el atrevimiento,  
por si mis buenas razones  
tomábais como denuestos!

De cómo tenéis los puños  
de pesados y de recios  
dar fe pudiérame el Conde  
que, según el romancero,  
fuera, si non le matáredes,  
papá político vuestro...

Tócame facer cantigas  
del lugar de vuestros fechos  
y, mejor que á vos, á nadie  
en ley ofrecerlas puedo.  
Discen los sabios de agora  
que vos sois un embeleco  
criado en la fantasía  
de los miedosos del pueblo,  
que vos cuelgan las fazañas  
que más les vienen á cuento,  
y ni vos matásteis moros,  
ni acrecentásteis los reinos,  
ni casásteis con Jimena,  
ni habéis nacido ni muerto.  
Que solo fuísteis fantasma  
soñada por los guerreros,  
aumentada por las viejas  
y temida de los viejos.

En fin, que vos dieron fama  
quimeras de aquellos tiempos,  
y que los vuestros romances  
ya no pasan en aquestos,  
porque os achacaron guerras  
como hoy achacan los ciegos

las agudezas á Sancho  
y los chistes á Quevedo.  
Yo, mío Cid, en las dudas,  
á las crónicas me atengo,  
y creo vuestras batallas  
y vuestras victorias creo,  
porque en Burgos se respira  
vuestro poderoso aliento;  
parece que la mesnada  
con banderolas y fierros,  
al són de roncos clarines  
torna con marcial estruendo,  
con su trilla de infieles  
amarrados como perros,  
y aquellas piedras del muro  
que volver en triunfo os vieron  
grabados tienen encima  
los rastros y los recuerdos.

Quando agora llega un home  
con la ansiedad en el pecho  
á la perla de Castilla,  
gala y orgullo del reino,  
aquellas torres caladas  
que se divisan de lejos,  
coronando dinamente  
el más rico monumento  
que salió en remotos siglos  
de las manos de arquitecto,  
aquella antigua muralla  
de que sólo quedan restos,  
los campos, el aire, ¡todo!  
le transportan á los tiempos  
en que blandiendo la espada  
terror de los sarracenos,  
llenásteis de gloria el mundo  
y las llanuras de huesos.

Penzárase que saldrían  
á rescebir al viajero  
en vez de mozos de cuerda  
turba de pajes y siervos,  
tropa con hachas y escudos  
y trompetas y escuderos...

Por desdicha, sólo quedan  
para atestiguar los fechos  
el solar donde vivísteis  
con los parientes y deudos,  
puertas, arcos, torreones,

mudos vestigios eternos  
de aquel pelear de fieras  
y aquellos homes de acero,  
y un frío tan penetrante,  
que hiela entrañas y tuétanos,  
¡ya lo sabéis, porque vos  
sentiríades lo mesmo!

La Catedral es la joya  
que el ánima eleva al cielo;  
no hay en el mundo palacio  
del Señor, más gigantesco...  
labradas están sus torres  
como el encaje flamenco,  
cinceladas sus fachadas  
por un buril de maestro...  
grandiosa, sublime mole  
de maravilloso aspecto,  
que sobrecoge y admira  
causando asombro y respeto.  
La ciudad ya no es lo que era,  
que no en balde pasa el tiempo,  
y aunque el Arlanzón la besa  
ya no protege los cercos,  
porque no quedan baluartes  
contra arietes y maderos,  
y en vez de las aspilleras  
se alza en su borde un paseo  
lindo y fresco en el verano,  
y más que frío en invierno.  
Visten hoy los burgaleses  
no militares arreos,  
sino la folgada capa  
y montera de pellejo.  
Las burgalesas son hembras  
fermosas de alma y de cuerpo,  
como aquella que os dió ratos  
tan horribles y tan buenos.  
Y se face todavía  
aquel riquísimo queso  
que con candeal de la tierra  
y un buen trago de lo añejo,  
vos devolvía los bríos  
perdidos en los encuentros,  
al volver de la campaña  
polvoreado y maltrecho.

Del otro lado del río  
y en la picota de un cerro,

se levanta la Cartuja,  
histórico monumento,  
que en magnífico sepulcro  
guarda de Don Juan los restos,  
y sirve á unos cuantos frailes  
de albergue y de cementerio.  
Y allá abajo en la llanura  
se ve también el convento  
de las *Huelgas*, gente noble,  
importante en otros tiempos,  
que agora sólo la sirve  
á la historia de recuerdo.

Burgos es, considerada  
con espíritu moderno,  
una ciudad muy bonita,  
con círculos de recreo,  
café, teatro, alamedas...  
de conjunto pintoresco,  
y en medio de esto, esa vida  
que es vida de los que fueron  
y que recuerdan en sombras  
los campanarios escuetos,  
los chapiteles calados,  
los murallones deshechos,  
los escudos carcomidos  
en las casas y los templos...  
(¡Perdón ¡oh Cid! se me olvida  
que sois castellano viejo,  
y me he dejado la fabla  
escondida en el tintero.)

Agur, mi buen don Rodrigo,  
folgárame yo en extremo  
de haber dado á vuestra patria  
los elogios que deseo  
y de que al pasar la vista  
no arrugáredes el ceño,  
y mi homildoso romance  
vos parezca cuasi bueno.

Rescebid aquesta prueba  
de sumiso acatamiento,  
vos, emblema legendario  
del valor caballeresco,  
y presentad en mi nombre  
de paso los mis respetos  
á mi dueña la hermosa  
Jimena, cuyos piés beso.

SINESIO DELGADO.